

Mario Bermúdez

ANTAGONISMOS Y DESVELOS

Cuentos.

MARIO BERMÚDEZ

ANTAGONISMOS
Y
DESVELOLOS

CUENTOS

AlcorQuid



Portada y diagramación
El Autor.

Mario Bermúdez
Correo: alcorquid@gmail.com

Publicación por demanda
AutoresEditores.com
Edición del Autor
Primera Edición 2017

Prohibida la reproducción parcial
o total, por cualquier medio, sin
la autorización expresa del autor

Contenido

EL ESCRITO MISTERIOSO	7
LOS GIGANTES Y EL OTARIO	24
SABOR A TINIEBLAS	39
EL PODEROSO.....	71
EL HEREDERO.....	76
MÁSCARAS.....	85
LA HORA CONQUISTADA	107
UNA ESCALERA AL CIELO	136
LOS TAMBORES RESPLANDECIENTES.....	153
UN ÁNGEL SIN MORADA	173
EL ANATEMA ROJO	183
EL POLLO MORTAL	200

EL ESCRITO MISTERIOSO

Los niños salieron corriendo a su encuentro. En el fondo del camino polvoriento aparecía la figura hética de Eutalarío. Sus cabellos blanquecinos y largos, su nariz firme, sus ojos pardos, encerrados en unas cuencas tristes y arrugadas. Era alto y vestía, apenas, una túnica que le cruzaba el pecho en diagonal, dejándole una tetilla al descubierto. Los niños gritaron de alegría, y sus madres se asomaron por las ventanitas de los ranchos de la aldea. Eutalarío traía consigo dos enormes peces. Estaba ufano y una sonrisa amplia invadía el rostro de sus años. Los niños continuaban gritando en medio de inocentes retozos, a la vez que se arremolinaban en torno del hombre. Eutalarío, con la mano libre, les acariciaba las jóvenes cabelleras, mientras no ocultaba la satisfacción de aquel afortunado día de pesca.

La aldea estaba distante del mar apenas unas tres millas, al pie de una colina verde que en los mejores tiempos fue un reconfortante campo de cultivo. Era una aldea de una treintena de familias que vivían de los exiguos cultivos, de las cabras que parecían no tener un dueño definitivo, de las gallinas que picoteaban en las callejuelas sin marcar y de los puercos que se revolcaban en lodazales improvisados, que muchas veces los niños les ayudaban a crear. Las casuchas estaban construidas con bloques de arcilla cruda mezclados con rocas traídas de los acantilados, y sobre sus techos de ramas y paja, se levantaba el humo de la cocina con fogones de piedra. A través de las ventanas, amplias para soportar el calor y recibir la brisa que el mar les enviaba, se podía ver a las mujeres envueltas entre sus parduscas y largas túnicas, cocinando, hilando en los husos, revolviendo la masa de harina, que ahora escaseaba, traída con duro esfuerzo desde el otro lado de la colina, en donde la adquirían a cambio de las pieles de sus cabras y del pescado que secaban en comunidad en el centro de la aldea.

Últimamente la aldea estaba en decadencia. Había caído sobre ella una peste extraña e invisible que, sin que nadie se diera cuenta, menguaba con desconsuelo la tranquila producción de los tiempos anteriores. Nadie acertaba a comprender lo que en realidad estaba sucediendo. Los animales morían paulatinamente, invadidos de un desaliento descomunal, sin que se les notara dolor físico alguno. Los cultivos de la colina se amarillaban lánguidamente, y los pocos frutos que lograban sobrevivir, eran tan pequeños y desabridos que no se sentía placer alguno al consumirlos. La misma gente percibía sobre sí el terrible hostigamiento de

aquella peste sin nombre, que se mezclaba con el viento de cada noche y de cada día, para amargar en desventuras el existir cotidiano de lo que antes fuera un remanso de paz, una colina verde, una aldea estruendosamente feliz y abrumadoramente productiva. Todos trataban vanamente de sobreponerse a la maldición, y aunque los animales, como los puercos, se pasearan como siempre por la aldea, se sentía que hacía falta algo esencial que movía con dinamismo el diario existir. Desde hacía rato no se escuchaba la algarabía de los niños, hasta que Eutalarío apareció, por el camino empolvado que venía desde el mar, con los dos enormes peces.

Desde aquel remoto día sin fecha, la pesca había sido desafortunada y los frutos del mar parecían haberse secado. Hubo ocasiones en que los hombres apenas lograron rescatar esqueletos de peces, y atrapar escuálidos renacuajos que se veían obligados a abandonar en el marasmo de su propio destino. Eran muchas las horas que desde sus frágiles embarcaciones se paseaban inútilmente por el mar en busca del sustento. Las existencias de harina mermaban de forma dramática, y habían tenido que reducir la ración de parva. No había suficiente pescado para llevar a las aldeas del otro lado de la colina para cambiarlo por harina. Fueron muchos los animales que enflaquecieron pusilánimemente, hasta morir, y, día a día, la apocalipsis de la aldea se hacía más cierta y punible. Desde cualquier rincón se respiraba la inexorable laceración de la palabra maldita, que sin ser escuchada, azotaba con desnudo la aldea. Entonces, todos comenzaron a sentir sobre sus espaldas el terrible peso de la desidia, de la resignación sin esperanza, porque después de tanto luchar por sobrevivir, las fuerzas desconocidas parecían avasallarlos, postrarlos a un destino sin límites, oscuro en el túnel de los desencantos. No había empeño valedero en las inútiles jornadas de pesca, en los calurosos días de trabajo en los cultivos, ni en el esmerado cuidado de los animales domésticos, que en muchas oportunidades fueron atendidos con mejor alimentación que los propios niños, todo con la súbita esperanza de que aquella peste maligna, inodora e invisible, desapareciera arrastrada por el vendaval incontinente de los siglos.

Eutalarío era el único que no había perdido la fe. No podía perderla, pues su condición de patriarca lo obligaba a no postrarse ante la adversidad de las funestas circunstancias. Pasaba las noches sin dormir, avizorando a través de su ventana, contemplando las estrellas, bellas y fugaces, que pendían dichosas de un firmamento estático. Husmeaba por todos los rincones, tratando de encontrar el origen de aquella maldición sin anunciar. Pero su búsqueda era infructuosa. Todo, a la hora de la verdad, parecía tan normal y apacible, que era difícil creer en la sarta de anorma-

lidades que venían sucediendo. Revisaba los corrales para ver si alguna ave de mal agüero se había colado furtivamente en ellos, pero nada, apenas veía a las gallinas cabizbajas, con los ojos normales, pero invadidas de esa tristeza otoñal que les llegaba hasta los más profundo del corazón. Salía hasta la colina para escudriñar entre los moribundos cultivos y tratar de ver si se había infiltrado alguna planta malévola. Escapaba hasta el altar de sus dioses para observar si les hacía falta el fuego de la cotidiana adoración, y consultaba con el hechicero los oráculos del manantial, para determinar el origen de aquella desgracia común. Pero nada, ni el menor indicio, aunque los síntomas eran reales e implacables, mientras las causas aparecían como un fantasma deslizante que se escondía sin ser hallado. Eutalarío ordenó rezos especiales a los dioses, acicaló las efigies de roca, y ofrendó, asunto que no se hacía desde tiempos pretéritos, cuando el profeta Ión lo prohibió, animales en sacrificio a los dioses. Infortunadamente, la respuesta positiva no apareció y, por el contrario, la maldición parecía constreñir con más fuerza la realidad de toda la aldea. Estudió las estrellas, el viento, la Luna y las nubes en búsqueda del germen prístino que ocasionaba la maldición. Recorrió el mar hasta las profundidades que su hábil cuerpo de nadador resistió, visitó los acantilados en busca de nidos de pájaros arcanos, pero no encontró nada diferente a lo normal que lo pudiera conducir hacia una pista segura para conocer el origen de la imprecación que los aquejaba desde un tiempo sin profetizar. Revisó cuidadosamente los escritos del profeta Ión, para tratar de descubrir en ellos alguna profecía que anunciara el mal sobre la aldea, y que al él, muy posiblemente, se le hubiera podido pasar por alto. Tampoco, los escritos del profeta Ión no anunciaban un suceso anormal en muchos años. Eutalarío se desesperó, sin acertar a comprender cómo era posible que no existiera una causa justificable para determinar la época de las vacas flacas que azotaban, en forma inclemente, a la aldea. Llegó a pensar que el mal podía estar entre el viento, y que así iba a ser imposible descubrirlo y atacarlo o, lo que era peor, en los mismos rayos del Sol, lo que a su entender parecía improbable, porque el astro rey era un cuerpo benéfico, que le regalaba la fuente energética de la subsistencia al mundo. Le indagó a todos los moradores de la aldea por los últimos actos de sus vidas, para corroborar que no habían violado las leyes divinas. Pero el comportamiento de los aldeanos había decrecido ostensiblemente en su ímpetu durante la última época que era imposible que se sintieran capaces de violar alguna ley divina, si apenas, en medio de su postración, se atrevían a moverse, a levantar un azadón sin esperanza para remover la tierra, ahora infértil, o de remar mar adentro y lanzar con

decadencia las redes en búsqueda de nada, porque el mar solamente tenía huesos, pestilencia, sal y agua.

Aquella noche, Eutalarío estaba soñando con la rememoración de las épocas anteriores. Recordaba los frondosos cultivos de la colina, la pesca fructífera, los animales que impedían el paso de las personas por las callejas de la aldea. Recordaba la caravana que cada diez días iba hasta el otro lado de la colina transportando los productos para el trueque. Hacía remembranza de los tambores, de las cítaras y de la algarabía rutilante de los niños que empujaban bíblicamente las cabras que se llevaban al mercado. Recordaba a las mujeres montadas sobre los asnos, cubiertas con palios improvisados para amortiguar el calor del sol y evitar la brisa. Se acordaba del retorno de la caravana a los tres días, trayendo consigo la misma alegría de la partida, pero ahora acompañada por los talegos de harina y de los utensilios necesarios para el diario sobrevivir de todos los aldeanos. Las últimas penurias habían hecho que la caravana no saliera desde mucho tiempo atrás. Simplemente no había qué llevar, y, paradójicamente, cada día se hacía más imperiosa la necesidad de los productos importados. El apocalipsis de la aldea parecía inevitable, pues la desidia y el hambre se hacían a diario invencibles, y la muerte animal y vegetal se extendía herrumbrosa, sin que una llaga o un mal olor apareciera por algún lado; la peste de la escasez parecía acabar con todos sin explicación alguna. Por eso Eutalarío, en medio del desespero y de la impotencia, lloraba aquella noche, preguntándose atribulado el porqué de la desgracia común. Séfora, su mujer de luengos y grises cabellos, de piel ajada por el paso ineluctable de los años, lo sustrajo del mundo intrincado de las cavilaciones. Sé que estás preocupado por todo lo que nos está sucediendo, pero debes tener paciencia, Eutalarío. Él se repuso. La paciencia no es suficiente para sobrevivir cuando se está muriendo inevitablemente, Séfora. Ya lo has intentado todo y, mira, nada ha dado resultado; en contra de los dioses nada se puede hacer. Eutalarío sonrió amargamente. Los dioses, musitaba a medida que sus palabras chocaban con la noche, los dioses, Séfora, ¿cómo puede ser posible? Mira el cielo, jamás lo había visto tan hermoso, con unas estrellas tan radiantes y cercanas, con una claridad de alba en plena noche... es imposible, hay algo recóndito que escapa a los mismos dioses. Séfora, no creo que haya castigo para nosotros, no encuentro motivo para que los dioses nos castiguen. La mujer alargó la mano con una taza de infusión de hierbas. Eutalarío estiró la mano y la recibió. Ella sonrió, pues las palabras de su esposo la habían sometido al fuego de la duda. Eutalarío bebió pausadamente el primer sorbo. Una columnilla de humo escapó caprichosa de la vasija de barro. Es posible luchar contra las adversidades de la naturaleza, pero contra las